José Luis Montoto de Sedas

LOS MILLONES

COMEDIA EN DOS ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1907

[26]

LOS MILLONES

Comedia en dos actos

DE

José Luis Montoto de Sedas

Estrenada en el Teatro del Duque (Sevilla) el 2 de Marzo de 1907

Biblioteca Particular

SEVILLA

Imp de J. Santigosa, S. en C., Albareda 45

1907

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A Serafín y Joaquín
Alvarez Quintero

Honra de su patria y gloria del Teatro Español,

su admirador

José Luis Montoto

SPANISH

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Soledad	Srta. Victorero
Juana «la Huevera» . .	Sra. Rodríguez
Nicolasa	» Corona
María	» Santero
Don Lorenzo	Sr. López Serrano
Don Jerónimo	» Espantaleón (hijo)
Ramón.	» López Benety
Don Nicomedes. . . .	» Espantaleón
Luis	» Chico (1)
Curro	» Noguera
Carabina	» Saez

La acción en un pueblo cerca de Sevilla. Época actual

(1) A la quinta representación se encargó de interpretar este personaje el Sr. Miquel.

ACTO PRIMERO

Patio de una casa solariega, en el centro una fuente y alrededor de ésta algunas macetas. Todo el patio rodeado de columnas de mármol blanco. A la derecha, en primer término, el comienzo de una amplia escalera de mármol; en segundo término, una puerta. Al fondo, una puerta grande de cristales, que da á un jardín. A la izquierda, un portón, que se supone es el de entrada á la casa. Delante del portón y pendiente del techo, una farola. A uno de los lados de la puerta del jardín, un piano; al otro, un juguetero. En los corredores, varias jaulas con pájaros, colgadas de alambres. A la derecha, en primer término, una mesa de tresillo; á la izquierda, un velador. Sillones de cuero, sillas de mimbre, etc.

Es la caída de la tarde de un día del mes de Junio.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN Y JUANA

RAMÓN (Sale por la puerta de la derecha. Es el mayordomo de la casa y hombre de unos setenta años.) Siéntese usted. Viene enseguida.

JUANA (Que estaba de pie junto al portón, se sienta en la silla más próxima á éste.) Gracias, Ramón; muchas gracias. (Ramón se va por el portón, que durante todo el acto estará abierto. Juana se limpia los ojos con un pañuelo.)

ESCENA II

DON LORENZO Y JUANA

D. LOR. (Saliendo por la puerta de la derecha) ¿Quién?

JUANA (Va hacia él). Soy yo, don Lorenzo... ¿No se acuerda su mercé de mí..? Yo estuve con mi marío, er señó Jeromo, en el cortijo de *Las Espigas*. ¡Cómo hace ya tanto tiempo...!

D. LOR. Quiero recordar... Vamos, siéntate y dí: ¿qué te trae por aquí?

JUANA Verá su mercé, señorito don Lorenzo... Pues es el caso... ¡Si no sé cómo decírcelo á su mercé!

D. LOR. Tranquilízate... ¿Qué te ocurre?

JUANA Como mi marío es así... tan corto de genio, tan... vamos, que le da vergüenza... y yo... ¿qué ha de hacé una?... ¡Como una es madre! (Llora).

D. LOR. (Con vivo interés). Pero, ¿qué es ello? ¿Qué te aflige?

JUANA Pues verá su mercé, señorito: Toñuelo entra en quinta... y no tenemos más hijo que él. Es nuestros pies y nuestras manos..; quien nos gana el pan; porque mi Jeromo tiene cerca de sesenta años y no esta güeno. Yo veía vení esto, y tirando de aquí y ahorrando de allá, he podío reunir treinta duros. Además, el olivarillo que tenemos... ¡cuatro palos; na más que cuatro palos! bien podrá valer otros treinta duros; y treinta y treinta son sesenta, si no me equivoco, y hasta seis mil reales que quiere el Gobierno por no llevarse al hijo de mis

entrañas... ¡ya ve su mercé si faltan duros! Además, señorito, Toñuelo está enamorao hasta los tuétanos de la *Canaria*, Ángeles, la del tío Felipe... Quiere casarse, porque es muy honrao y... lo uno no quita lo otro. ¡Las cosas que á mí me suceden! (Llora amargamente).

D. Lor. (Tratando de consolarla). Vamos, mujer, vamos... No llores... No hay motivo para tanto.

Juana «¿Por qué no vas á ver á don Lorenzo?» le dije yo á mi Jeromo; pero como es tan corto de genio...—porque, eso sí, mi Jeromo es un hombre de mucha vergüenza, mejorando á su mercé, y en buena hora lo diga—no ha querío venir ni á tres tirónes; y aquí estoy yo, que, aunque tengo tanta vergüenza como mi Jeromo, y esto no es que yo lo diga, soy madre, y su mercé sabe lo que es ser madre (Llora), y que por los hijos se pasan toas las vergüenzas del mundo.

D. Lor. Bueno, mujer, bueno; serénate, tranquilízate. Tu hijo no irá á servir al Rey; tu hijo se casará con la *Canaria*.

Juana ¡Bendito sea el Señor que echó al mundo un hombre tan retebueno!

D. Lor. Cuando sea necesario vienes por los seis mil reales; y deja esos treinta duros, que ahorraste, para que tu hijo arregle los papeles del casamiento...

Juana (Besándole la mano) ¡Dios se lo pague, señorito; Dios se lo pague! (Al salir por el portón se cruza con Ramón que entra.)

D. Lor. Vé con Dios, mujer; vé con Dios.

ESCENA III

DON LORENZO, RAMÓN; á poco, CURRO

RAMÓN — Ahí está el señor Curro, el de la *Mezquitilla.*

D. LOR. — Dile que pase. (Se sienta en una butaca.)

RAMÓN — (En el portón.) Que entre usted.

CURRO — (Entra por el portón. Es un trabajador del campo. Ramón se va por el portón.) Dios guarde á usted, don Lorenzo.

D. LOR. — Vén con El, Curro. Siéntate. (Se sienta Curro junto á la mesa de tresillo.) Tú... tan puntual como siempre!

CURRO — ¡Qué remedio! Si los pobres no tenemos formaliá, ya pueden ir echándonos al arroyo.

D. LOR. — ¿Qué tal se ha escapado este año, Curro? Dicen que la granazón no fué muy buena. Las aguas intempestivas... ¿A seis simientes?

CURRO — Ni á cuatro, don Lorenzo.

D. LOR. — ¡Malo!

CURRO — *La Mezquitilla* no deja ogaño ni pá mercarle una saya á la Carmen.

D. LOR. — ¡Malo! ¡Malo!

CURRO — ¿Qué se le va á hacé?; ¡paciencia! (Sacando de un cinto unos cuantos duros y poniéndolos encima de la mesa en dos montones.)

D. LOR. — ¿Qué es eso, Curro?

CURRO — Cien duros como cien soles... La renta del ranchillo.

D. LOR. — ¡Mucho dinero es ese!

CURRO — Verdá. En años güenos parece poco; pero en los malos... ¡es mucha plata!

D. LOR. — Mira, Curro, tan rico soy yo con cincuenta duros más, como con cincuenta

duros menos. Recoge la mitad de esos ochavos.

CURRO ¡Don Lorenzo!

D. LOR. Justo es que entre todos llevemos la carga de los años malos.

CURRO No sé si debo...

D. LOR. No hay que hablar más de ello. Si el año que viene *La Mezquitilla* da más, me los devuelves, y en paz y jugando. Anda, anda, recoge eso...

CURRO (Recogiendo uno de los dos montones.) Dios se lo pague. Si puedo servirle de algo, ya sabe usté...

D. LOR. Adiós, hombre. (Vase Curro por el portón.) Ramón... Ramón...

ESCENA IV

DON LORENZO Y RAMÓN

RAMÓN (Saliendo por el portón.) Mande usted.

D. LOR. Dime: ¿conoces tú á Juana la *Huevera*?

RAMÓN ¿La mujer que estuvo aquí hace poco? ¿La de Jeromo?

D. LOR. La misma. Yo quiero recordar... pero no caigo en la cuenta... ¿Qué clase de gente es ese matrimonio?

RAMÓN ¡Más buenos que el pan! ¡Muy honrados! ¡Muy pobres!

D. LOR. ¿Tienen un hijo..?

RAMÓN El mozo más trabajador del pueblo.

D. LOR. Toñuelo...

RAMÓN Cabal: ogaño entra en quinta... ¡Será una desgracia para esos pobres padres que su hijo vaya á servir al Rey!

D. LOR. No irá al servicio. Lo he prometido á su madre: lo redimiré.

RAMÓN ¡Claro! ¿Qué son para usted seis mil reales?

D. LOR. Parece, Ramón, que te amarga el bien ajeno.

RAMÓN No es que me amargue el bien, señor; no es eso: es que... vamos...

D. LOR. Tu tema sempiterno: que gasto mucho... que las rentas disminuyen... Bueno, hombre, bueno. Toma, lleva esos cincuenta duros á mi despacho. (Vase Ramón por la puerta de la derecha.) ¡Qué bueno es este Ramón!

ESCENA V

DON LORENZO Y MARÍA

MARÍA (Saliendo por la escalera.) Celebro encontrarte solo. Voy á darte una noticia.

D. LOR. ¿Una noticia?

MARÍA Sí, de la niña. No debía decírtelo...: sé que voy á causarte un pesar...

D. LOR. ¡Qué no debías decírmelo! ¿Cuándo me ocultaste tu pensamiento?

MARÍA ¡Nunca!... Pues bien, Lorenzo: ¡salvemos á nuestra hija!

D. LOR. (Sobresaltado.) ¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Soledad?... ¿Nuestra hija?... ¡Repítelo! ¡O yo he oído mal, ó tú te equivocas! Los nervios... el corazón...

MARÍA Oyeme, pero en calma.

D. LOR. Pero... ¿dijiste que Soledad..?

MARÍA Soledad... quiere á un hombre...

D. LOR. ¡Quiere... á un hombre...! Bueno... si es eso todo... ¡Qué cosa más natural!

MARÍA ¿Natural?

D. LOR. Sí, yo lo esperaba; María, yo lo espera-

ba... ¿Estabas tú consentida en lo contrario?... Pues te equivocaste. Dios nos dió el corazón para amar. Es ley de la vida, contra la cual no podemos ir los padres. Y también es ley de Dios que la mujer ame al hombre. Ese amor crea la familia... ¿Qué ésto nos apesadumbra á nosotros..? ¡Claro! ¡El amor de padres es un poquillo egoísta! ¿Ves lo tornadizo que es el corazón del hombre? Ahora la alegría embarga mis potencias y sentidos... Cuenta... cuenta... ¿Qué te ha dicho?

MARÍA — No; no me ha dicho nada.

D. LOR. — ¿Nada te ha dicho Soledad? ¡Imposible! Entonces no es cierto. Te han engañado.

MARÍA — Ni tan siquiera sabe que yo lo sé.

D. LOR. — ¿Ama á un hombre y no te lo ha dicho á tí, á su madre? ¿Y no me lo ha dicho á mí...?

MARÍA — La vergüenza, tal vez... el miedo....

D. LOR. — ¡Miedo de mí...!; de su padre...! ¿Pero estás cierta? ¿No será ilusión tuya?

MARÍA — No; no es ilusión, Lorenzo: acabo de sorprenderla escribiendo una carta...

D. LOR. — Dime quién es él... Me cuido poco de honores, riquezas y oropeles mundanos... ¿Riqueza...? Tenemos la bastante. No tantos millones como dicen. ¿Nobleza...? ¡La del alma es la que más vale! ¿Es acaso mi amigo el pintor?

MARÍA — No, no es ese... Llegó hace poco al pueblo...

D. LOR. — Luego ¿no es de aquí ese hombre? ¿De dónde ha venido? ¿Conoces á su familia?

MARÍA — Sólo he visto á su madre anoche. Va para dos meses que cambiamos tarjetas

y estábamos cayendo en falta. No soy aficionada á visitas, pero no quiero reñir con la cortesía. Se me había olvidado; mas ayer, cuando fuimos á casa de la comadre, al pasar por delante de la casa, Soledad me lo recordó, y entramos.

D. LOR. Luego es el hijo de la Condesa... Nicolasa la elogia mucho... Está muy enterada de todo lo que se refiere á esa señora y á su familia.

MARÍA Como vecinos que son...

D. LOR. Por eso el empeño de Soledad en ir á casa de su madrina... Pues mira, no había dado en ello. Y ahora me lo explico, sí... Soledad está distraída, preocupada... (Al ver aparecer á Soledad por la escalera.) Pues sí... sí... á las siete y media llega el tren; conque no hay que desperdiciar el tiempo.

MARÍA Voy á decirle á Juan que enganche. (Vase por el portón.)

ESCENA VI

DON LORENZO y SOLEDAD

SOLEDAD (Dándole un beso á don Lorenzo.) Ya estoy lista, papá.

D. LOR. Muy bien, muy bien... Pues ya estaba yo quejosillo de ti. «¿Si me irá perdiendo el cariño mi Soledad?» decía yo.

SOLEDAD ¡Dejar de quererte..! (Aparte.) ¿Lo sabrá?

D. LOR. No: dejar de quererme, no..; pero quererme menos de lo que me querías antes...

SOLEDAD ¡Quererte menos...! ¡Te quiero mucho, mucho!

D. Lor. ¿Tanto como quieres á tu madre?

Soledad ¡Tanto como quiero á mamá!

D. Lor. Y... ¿á nadie quieres tanto como á tu madre y á mí?

Soledad (Aparte.) ¿Lo sabrá? (Alto.) A nadie.

D. Lor. Soledad, nada ennegrece y mancha tanto el candor de las almas como la mentira; nada hermosea tanto el corazón como la verdad. No mientas, no mientas nunca, hija mía. Dime: ¿á nadie quieres tanto como á tus padres?

Soledad ¿Tanto?... No: ¡Tanto... no!

D. Lor. Luego ¿quieres, aunque las quieras menos, á otras personas? Vamos á ver: ¿á quien más quieres tú?

Soledad (Aparte.) Lo sabe... lo sabe... (Alto.) Quiero... á mi madrina.

D. Lor. ¿A tu madrina?.. Bien está: ella también te quiere á ti mucho... Y... ¿á nadie más?

Soledad Sí... sí; también quiero... también quiero... á Ramón.

D. Lor. Quiérelo mucho, hija mía. Ramón es un criado muy fiel. Es bueno... ¡muy bueno! Y ¿á quién más, á quién más quieres?

Soledad ¿Querer..? ¿Querer..? No recuerdo... No recuerdo.

D. Lor. Busca por los rinconcillos de la memoria.. Tú eres buena, y no es posible que hayas puesto el pensamiento en un hombre indigno de ti, ¿verdad?

Soledad ¡No es posible!

D. Lor. El hombre á quien tú querrás será muy honrado.

Soledad ¡Muy honrado!

D. Lor. El te querrá, no por tu hermosura, porque la hermosura es pasajera; no

por tu riqueza, que es engañosa también, sino por tus virtudes, por la bondad de tu alma, por la nobleza de tu corazón. (Soledad llora.) ¡Hija mía! ¡Soledad! ¿Qué es eso? ¿Lloras?... ¡Si no lo digo por ti! ¡Si no lo digo por ti!

SOLEDAD ¡Papá de mi alma! (Abrazando á D. Lorenzo.) ¡Perdón! ¡Perdón!

D. LOR. ¿Perdón? ¿De qué?.. No seas tonta. ¡Si éstas son cosas que decimos los padres! No hagas caso... Tranquilízate...

SOLEDAD ¡Perdón!

D. LOR. ¡Ea!.. Lograrás que me enfade. Siéntate á mi lado...; seca esas lagrimitas.

SOLEDAD ¡Papá de mi alma!

D. LOR. Si sigues así no te digo una cosa que va á alegrarte mucho. ¡Si eres un manojito de nervios! La verdad es que no tengo perdón de Dios por haber hecho que llores... (D. Lorenzo con su pañuelo seca las lágrimas de Soledad.) Estas son cosas de padres. ¡Vamos..., se acabó! ¿Me perdonas, hija mía?

SOLEDAD ¡Papá de mi corazón!

D. LOR. Tenía que darte una gran noticia. Pero prométeme que no llorarás más. ¿Me lo prometes?.. Pues allá va la noticia. La noticia es... que yo estoy muy contento, muy contento con que tengas novio. ¿Qué te parece, eh?

SOLEDAD ¡Jesús!

D. LOR. Y tu madre... también está muy contenta.

SOLEDAD ¿Mamá?

D. LOR. Sí, hija mía, sí: de estas cosas debemos hablar los padres con nuestros hijos. Lo bueno no busca las sombras de la noche, sino la luz del sol.

SOLEDAD ¡Qué vergüenza! ¡Ay, papá de mi alma, perdóname! (Abrazando á don Lorenzo.)

D. LOR. ¿Lo ves?

SOLEDAD Todos los días pensaba abrirte mi corazón para que vieras lo que con tanto empeño guardaba. No sabía yo lo que tan sin tino me tiene... ¡Yo no quería! Me vió... lo vi... Hablamos en la casa de madrina... ¡Sus palabras me llegaron al alma!... Me dijo que me quería... Me preguntó si yo lo quería también... ¡No sé, no sé de dónde me vino este cariño, tan de repente, como de repente vemos la luz cuando abrimos los ojos á la claridad del día!

D. LOR. Jurarías quererlo mucho.

SOLEDAD Lo juré.

D. LOR. ¿Y lo quieres?

SOLEDAD ¡Con toda el alma! ¡Si yo iba á decírtelo todo, todo! ¡Si yo no podía seguir callando más tiempo!

D. LOR. Ea; pues, en penitencia, le dices á ese mocito que venga á hablar conmigo.

ESCENA VII

DICHOS, MARÍA y NICOLASA

NICOLASA (Entra por el portón con María.) Hija, ¡qué calor! No se puede ni respirar. (A don Lorenzo.) Compadre, buenas tardes tenga usté. (A Soledad.) Adios, hija mía. ¡Tú tan guapa como siempre! ¡Vengo reventada! (Se sienta.) ¡Qué día, hija, qué día de ajetreo!

D. LOR. Para usted lo son todos, comadre.

NICOLASA Todos no, compadre. El de hoy ha sido de P. P. y doble V. Figúrate tú (á María)

Pero, ¿tú no sabes? ¡Qué has de saber tú, encerrada siempre en este casucho...! La emparedada en vida.

MARÍA Dices verdad: no sé nada de lo que pasa por el mundo.

NICOLASA Y tú, hija de mi alma... (A Soledad.) ¡encerrada aquí también! ¡Esto es un contra Dios, una herejía!

SOLEDAD No... Si yo tampoco quiero salir... ¿Para qué?

NICOLASA ¿Para qué...? Para que te dé el aire; para que te vean los buenos mozos. ¡Ea! ¡Ya la solté!

SOLEDAD ¡Jesús, madrina!

D. LOR. ¡Qué cosas dice Nicolasa!

MARÍA Calla, mujer... La has avergonzado.

NICOLASA Bueno... pues hablaremos de otra cosa. Pues sí, vengo de casa de la Condesa.

D. LOR. Usted tiene mucha confianza con la Condesa, ¿verdad, comadre?

NICOLASA ¡Ya lo creo! No tiene secretos para mí. Esta tarde me ha enseñado toda la casa, de arriba á bajo. ¡Qué riqueza, qué lujo! No pondero: aquello vale una millonada. ¡Hija, qué condes! Está abonada á todos los teatros, viaja con frecuencia por países extranjeros.... digo, viajaba, porque ahora, como el Conde está impedido... El pobre señor está muy malito...: quizás le habrán dado ya el Santo Oleo.

MARÍA Nosotras estuvimos allí ayer tarde.

NICOLASA Y, ¿qué tal? ¿qué tal? ¿Vieron ustedes al Conde?

MARIA Sí, allí estaba en una butaca, con las piernas cubiertas con una manta.

NICOLASA ¡Con el calor que hace!

MARÍA Muy colorado, muy grueso... ¡con las manos hinchadas!

NICOLASA ¡Ay, qué horror, hija..!

SOLEDAD Doña Teodora parece muy buena: ¿verdad, madrina?

NICOLASA Y lo es: está emparentada con toda la nobleza de Madrid y Andalucía...

MARÍA A esta niña le ha entrado por los ojos esa buena señora. Soy franca, nunca será doña Teodora santo de mi devoción.

D. LOR. Con permiso de usted, comadre; usted es de confianza: he oído que ya está el coche y tenemos que ir á esperar á mi amigo Luís, el pintor, como familiarmente le llamamos.

NICOLASA O hay confianza ó no la hay... (Vase don Lorenzo por la puerta de la derecha).

ESCENA VIII

MARÍA, NICOLASA y SOLEDAD

NICOLASA Y ¿por qué no será santo de tu devoción la Condesa?

MARÍA No lo sé... ¿Quién pide discurso á las simpatías ó á las antipatías? Vemos por primera vez á una persona, nada sabíamos de ella, y nos parece que la conocemos de toda nuestra vida y caemos en las redes de la amistad, cuando no en las trampas del amor. Vemos por primera vez á otra persona, y de repente oimos en nuestro corazón una voz que nos dice: «No le tendrás afecto jamás»...

SOLEDAD Verdad... verdad... ¿Por qué es eso? Yo he oido una voz que me decía: «Doña

Teodora te va á querer mucho, y tú vas á querer mucho también á doña Teodora.»

ESCENA IX

DICHAS y DON LORENZO

D. LOR. (Saliendo por la puerta de la derecha, con el sombrero puesto.) ¡Ea, en marcha!

MARÍA Niña, si quieres, puedes quedarte haciéndole compañía á tu madrina; digo, á no ser que ella quiera acompañarnos también.

NICOLASA No, nosotras esperaremos aquí.

D. LOR. Pues hasta ahora, porque el tren no espera.

MARÍA Hasta luego... (Vase don Lorenzo y María por el portón.)

ESCENA X

SOLEDAD y NICOLASA

NICOLASA ¿Qué tienes esta tarde, muchacha? ¿Qué mosca te ha picado? Ríe, brinca, salta... ¡Estás más seria que un ajo porro!

SOLEDAD No, madrina... Si no estoy seria... Como siempre...

NICOLASA Para el tonto que te crea.

SOLEDAD Si estoy como siempre...

NICOLASA Sí... que no dice lo contrario tu carita... Dime, ¿qué te pareció la Condesa?

SOLEDAD Muy bien.

NICOLASA Pues, hija mía, como tú no quieres ya nada con tú madrina... ¡Claro! Barbas mayores quitan menores.

SOLEDAD No, madrina...

NICOLASA No me digas nada... No me digas nada. ¡Lo sé todo! Desahógate... Llora... Lo que contigo se hace no tiene perdón de Dios.

SOLEDAD ¡Pero si estoy muy contenta!

NICOLASA ¡Querer que te cases con un pintorcillo!

SOLEDAD Pero si no me quieren casar con nadie.

NICOLASA ¿Vas á ser monja?

SOLEDAD No, papá se ha enterado de mis relaciones y me ha encargado le diga á Ricardo que venga á hablar con él.

NICOLASA No hay más que hablar. ¿Qué es hoy? ¿Sábado?

SOLEDAD Sí.

NICOLASA Pues el domingo se casan ustedes. ¡Vaya si se casan!

SOLEDAD Pero es el caso que estoy disgustada con Ricardo. ¡Diez días sin verlo!.. ¡Una eternidad, madrina!

NICOLASA Pues verás tú como yo voy á verlo y se arregla esto enseguida. ¡Si está loco por tí! Debes escribirle.

SOLEDAD ¿Escribirle?

NICOLASA ¡Claro! No vaya á imaginarse el pobrecillo...

SOLEDAD ¿Qué no lo quiero...? ¡No, no! Él sabe que lo quiero con todo mi corazón.

NICOLASA Pero tu carta lo consolará. Verá que sigues queriéndolo...

SOLEDAD ¡Ah, sí!

NICOLASA Que lo querrás mientras vivas...

SOLEDAD ¡Y aun después de muerta!

NICOLASA Yo le llevo la carta. Escríbela antes que vengan de la estación... anda... vamos...

SOLEDAD Si ya está escrita...

NICOLASA A ver, ¿qué le dices...?

SOLEDAD (Sacando del pecho una carta y leyendo.) «Ricardo de mi alma: Quería olvidarte pero esto era querer lo imposible. No dudes... no dudes de mi cariño. ¿Querer á otro hombre? Dile á quien te lo haya dicho que miente. ¿Te acuerdas de aquella noche? «¿Me querrás, aunque el »mundo se oponga?» me preguntaste. «Contra todo el mundo te querré» te dije. «¿Aunque tus padres no quieran?» «¡Aunque no quieran!» «¿Juras que se»rás mía contra tus padres, si tus pa»dres te mandan que me olvides?» «Sí.»

ESCENA XI

DICHAS, RAMÓN y DON NICOMEDES

RAMÓN (Entrando por el portón). El señor Alcalde. (Enciende el farol que está delante del portón.)

NICOLASA Trae; que luego dice que si yo llevo y traigo. (Nicolasa recoge la carta que tiene Soledad en la mano y la guarda.)

D. NICOM. (Entrando por el portón) A la paz de Dios.

SOLEDAD Padrino, buenas tardes.

D. NICOM. Y los compadres, ¿por dónde andan?

NICOLASA Han ido á la estación.

D. NICOM. ¿Hay forasteros?

SOLEDAD No, llegarán en breve. Padrino, hoy viene usted de tiros largos.

D. NICOM. ¡Toma! porque he tenido sesión en el Ayuntamiento. ¡Ay, qué Periquete de mis culpas! Lo mismo habla tres horas seguidas que se bebe un vaso de agua. (Dándole á Soledad el sombrero de copa.) Toma, pon por ahí la chimenea.

NICOLASA ¿Tú no sabes la novedad que ocurre en esta casa?

D. NICOM. No...

NICOLASA Soledad se casa mañana.

D. NICOM. (Asombrado.) ¿Mañana?

SOLEDAD Cosas de madrina, que exagera.

D. NICOM. Luego algo hay de cierto. Y... ¿quién, quién es el novio?

NICOLASA ¡Quién va á ser! ¡El hijo de la Condesa!

D. NICOM. ¿El hijo de la Condesa?

SOLEDAD Sí, Ricardo.

NICOLASA Ya don Lorenzo lo ha autorizado para entrar en casa desde esta noche.

D. NICOM. ¿Desde esta noche..? Conque ¿desde esta noche..?

NICOLASA (Aparte á Soledad) Tengo curiosidad por acabar de leer la carta. Vámonos al jardín. (Se levantan)

D. NICOM. ¿Dónde van ustedes?

SOLEDAD A dar una vueltecita por el jardín...

NICOLASA Si quieres, puedes entretenerte haciendo solitarios. (Vánse por la puerta del jardín Soledad y Nicolasa.)

ESCENA XII

DON NICOMEDES y DON JERÓNIMO

D. NICO. ¡Qué cosas, señor, qué cosas! Por supuesto, el compadre no sabrá quién es Ricardito... porque si lo supiera, de fijo, no lo querría para su hija.

D. JERÓN. (Saliendo por el portón. Es el Vicario del pueblo.) Ave María purísima.

D. NICOM. Venga usted con Dios, don Jerónimo.

D. JERÓN. Salud á la primera Autoridad popular.

D. NICOM. Y ésta saluda á la primera eclesiástica.

D. JERÓN. ¿Y los compadres?

D. NICOM. Ya no deben de tardar. Fueron á esperar á un amigo.

D. JERÓN. Es verdad; me lo dijo don Lorenzo. Viene el pintor, como nosotros le decimos.

D. NICOM. Pues me alegro de que me haya usted pillado solito y haciendo solitarios: porque tengo que contarle una cosa de pe á pa, para que usted me aconseje, como siempre, lo mejor.

D. JERÓN. Usted dirá.

D. NICOM. (Después de pensarlo, toser y sacudirse las botas con el bastón de mando) El caso es... Pues es el caso...

D. JERÓN. Vamos, ¿tan grave es lo que tiene usted que decirme?

D. NICOM. Como grave, es grave... Digo, á mí me parece grave. Porque una de dos: ó soy su amigo ó no lo soy.

D. JERÓN. ¿Amigo de quién?

D. NICOM. De mi compadre.

D. JERÓN. Pero, ¿se trata de don Lorenzo? Diga usted, diga usted...

D. NICOM. Sí que diré. Usted sabe, señor Vicario, que mi ahijadita mantiene relaciones amorosas con Ricardo, el hijo de la Condesa...

D. JERÓN. Lo sabía... Los he visto hablar alguna vez que otra por la ventana del jardín.

D. NICOM. Y que don Lorenzo está muy contento con el noviazgo de su hija...

D. JERÓN. ¡Bien!

D. NICOM. Pues yo no lo estoy; yo no lo estoy. ¿Que por qué no lo estoy...? Porque no lo estoy.

D. JERÓN. Tampoco lo estoy yo.

D. NICOM. ¿Tampoco? Pues ya somos dos.

D. JERÓN. Pero, ¿quién le dice á don Lorenzo que ese mocito no es lo que parece, ni mucho menos?

D. NICOM. Que es un borrachín.

D. JERÓN. ¡Eso no es nada!

D. NICOM. Que se pasa las noches fuera de su casa; y algo más, algo más.

D. JERÓN. ¿Hay más todavía?

D. NICOM. ¡El mozo es una alhaja! Pero es el caso que la mozuela está perdidamente enamorada de ese maldito.

D. JERÓN. ¿Y usted le ha indicado algo á don Lorenzo?

D. NICOM. La verdad es, señor Vicario, que hasta há pocos días no supe yo en qué pasos andaba el tal Ricardito.

D. JERÓN. Pues, hoy por hoy, debemos proceder con mucha prudencia.

D. NICOM. ¡Cabal! Diremos á mi compadre que el Ricardito es un canalla.

D. JERÓN. ¡Hombre! Dicho así sería un escopetazo. Ante todo, vamos por partes. ¿Convenimos en que el mozo, por lo que usted sabe, por lo que sé yo... por lo que saben otras personas, es indigno de ser el marido de Soledad?

D. JERÓN. Convenimos.

D. NICOM. ¿Convenimos en que si se casaran caería sobre esta casa la mayor de las desgracias?...

D. NICOM. Convenimos.

D. JERÓN. ¿Y en que nosotros no debemos consentir en ello?

D. NICOM. Convenimos. ¿Luego usted cree que la amistad nos obliga?

D. JERÓN. Algo que está por encima de la amistad.

D. NICOM. ¿Por ser yo el compadre de don Lorenzo?

D. JERÓN Por algo más que el compadrazgo.

D. NICOM. ¿Porque soy la primera autoridad del pueblo?

D. JERÓN. Por más, por mucho más: por el dedeber de conciencia que nos obliga á practicar el bien.

D. NICOM. ¡Habla usted, señor Vicario, mejor que Periquete el concejal!

D. JERÓN. Lo que me inquieta no es tanto decir la verdad, porque por ella debe dar el hombre hasta la propia vida, cuanto el modo de decirla.

D. NICOM. ¡Justo! ¿Cómo se le dice?

D. JERÓN. ¡Y se ha de decir!

D. NICOM. Eso es cosa de usted. No se me ocurrirían palabras.

D. JERÓN. ¡Dios me iluminará!

D. NICOM. Usted empieza; luego meto yo alguna palabrita.., digo, si se me ocurre. ¡Quién tuviera la elocuencia de Periquete! ¡Esto de que he de cortarme siempre..!

D. JERÓN. ¡Muy doloroso es!

ESCENA XIII

DICHOS, NICOLASA, SOLEDAD, DON LORENZO, MARÍA, LUIS y RAMÓN

NICOLASA (Saliendo, lo mismo que Soledad, por la puerta del jardín y dirigiéndose hácia el portón.) ¡Ya están ahí!

LUIS (Entrando por el portón, acompañado de María, don Lorenzo y Ramón; éste último trae en la mano una maleta.) ¡Bueno está con Ramón...!

D. LOR. ¿Conque el señor Vicario y el alcalde?

LUIS (A Nicolasa.) Señora... (A Soledad.) Soledad... (Aparte.) El capullo se ha trocado en rosa.

SOLEDAD ¡Qué alegría!

NICOLASA ¡Qué sorpresa! Yo no lo esperaba tan pronto.

D. JERÓN. Ya nos tenía usted olvidados.

D. NICOM. (A Luís, dándole una palmadita en el hombro.) Usted, como siempre: ¡tan guapo!

LUIS Gracias, señor alcalde.

D. LOR. Ramón: lleva la maleta del señorito á su cuarto. Ya sabes cuál es: el de junto á la sala del balcón.

NICOLASA Y ¿por muchos días?

LUIS Veremos... Depende de una carta...

D. JERÓN. Ya leímos aquí sus triunfos en la exposición de Madrid.

D. NICOM. Sí, sí que los leímos; es decir, á mí me los leyó Nicolasa.

SOLEDAD Y nos alegramos mucho de ellos.

LUIS ¿Y usted también?

SOLEDAD También. Por qué no me iba á alegrar, tratándose de usted?

LUIS Gracias.

MARÍA Si quiere usted lavarse y quitarse el polvo, yo lo llevaré á su cuarto.

LUIS Sí, señora, sí. No he visto trenes como los de España: se pone uno perdido... Con permiso de ustedes. (Vánse María y Luís por la escalera.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos MARÍA y LUIS

D. LOR. Extraño que no haya venido el médico.

D. JERÓN. No es muy tarde. Acaban de sonar las oraciones en la parroquia.

SOLEDAD (A Nicolasa.) ¿Verdad, madrina, que Ricardo es más guapo que el pintor?

NICOLASA ¿Qué duda cabe? Y sobre todo, más rico,

y conde. ¡Cuando tú seas condesa!

D. LOR. Esta noche, amigos míos, se prohibe hablar de política.

D. JERÓN. Prohibido.

D. NICOM. ¡No hay política!

D. LOR. Esta noche tengo que hablar á ustedes de cosas de mayor importancia. (El alcalde mira al vicario y éste al alcalde.) Empiezo por decirles que estoy contentísimo.

D. NICOM. (Aparte) Yo no le digo nada.

D. JERÓN. Veamos, veamos, don Lorenzo, la causa de su alegría, de la cual participamos nosotros... ¿No es cierto, alcalde?

D. NICOM. ¿No ha de alegrarnos lo que á mi compadre le alegra?

D. LOR. En primer lugar, estoy contento por la llegada de Luís, que es uno de mis mejores amigos.

D. JERÓN. ¿Viene á pasar una temporadita en algún cortijo?.

D. LOR. Como todos los años... ¡No podía llegar en mejor ocasión! Porque han de saber ustedes que estamos casi de boda.

D. JERÓ. ¿De boda?

NICOLASA Si señor, de boda; mañana se casan, ¡vaya si se casan!

D. NICOM. Nicolasa, no exageres.

D. LOR. No tanto como dice mi comadre; pero ya hay algo para la boda: hay novia, hay novio...

NICOLASA El hijo de la señora Condesa.

SOLEDAD Ricardito.

D. JERÓN. ¿Ricardito? (Mira á don Nicomedes.)

D. LOR. Sí. (Aparte) Parece que no les ha alegrado mucho la noticia... Verdad que á nadie puede alegrar tanto como á mí.

D. JERÓ. (Aparte). Yo no se lo digo.

D. NICOM. (Aparte). Que empiece don Jerónimo. (Pausa)

D. JERÓ. De todos los actos de la vida, ninguno como el casamiento.

D. NICOM. (Aparte.) Ya empezó.

D. LOR. Cierto...

NICOLASA Los matrimonios son lazos que no se desatan nunca.

D. NICOM. Si nó, que me lo digan á mí.

D. LOR. (A Soledad). Niña, vé y dí que nos preparen el café.

SOLEDAD Voy enseguida. (Vase por la puerta de la derecha)

ESCENA XV

DICHOS, menos SOLEDAD

D. JERÓN. Pues sí, don Lorenzo: un mal negocio se desbarata; una equivocación se deshace; un error se remedia.

D. NICOM. ¡Bien va!

D. JERÓN. Pero un mal casamiento, ni se remedia ni se deshace, ni se desbarata...

D. NICOM. ¡Justo y cabal!

D. JERÓN. Toda reflexión es poca. Antes de consentir, los padres deben pensarlo y considerarlo mucho, y, en primer término...

D. LOR. Lo he pensado y considerado todo y, ó mucho me equivoco, ó esa boda labrará la felicidad de mi hija.

D. JERÓN. (Aparte.) ¡Malo, malo!

D. LOR. La boda de Soledad corona mi vida.

D. NICOM. (Aparte.) Aquí te quiero, escopeta.

D. LOR. Usted, señor vicario, les dará las bendiciones, y ustedes (A Nicolasa y don Nicomedes.) serán los padrinos.

NICOLASA Y ¡poco que voy á gozar yo...!

D. NICOM. (Aparte) ¡Cualquiera le pone el cascabel al gato!..

ESCENA XVI

DICHOS, MARÍA y LUIS

D. JERÓN. Y hablando de otra cosa... Quedamos anoche en que usted tenía una puesta de ciento treinta.

D. LOR. Sí, señor, y el médico otra de doscientos tantos... ¡Qué extraño es que no haya venido ya el doctor!

D. NICOM. Algún enfermo.

D. JERÓN. Y usted, ¿por qué no aprende, señor alcalde?

NICOLASA Este no sabe jugar más que al burro.

D. NICOM. Y eso, porque este se empeñó en que lo aprendiese...

LUIS (Saliendo por la escalera.) Señores, soy de ustedes...

D. LOR. Ya tenemos tercio... Siéntese usted; vamos á echar un tresillo.

LUIS Con mucho gusto... (Se sientan junto á la mesa del tresillo, Luís, don Jerónimo y don Lorenzo.)

MARÍA (Saliendo por la puerta de la derecha.) Ya traen el café... (A D. Jerónimo) Usted tiene chocolate, don Jerónimo...

D. JERÓN. Se lo agradezco á usted, doña María: Anoche con el café no pude pegar los ojos.

D. NICOM. Y ¡poquito que le gusta á la Iglesia el chocolate...! Esta no lo sabe hacer; y cuidado que se lo digo: «aprende á hacer el chocolate como lo hacen en casa del compadre», y nada, en vez de chocolate,

agua chirle... Pero en cambio, tiene unas manos para el dulce...

D. JERÓN. La Condesa es una alhaja...

D. NICOM. Un poco ponderativa.

NICOLASA ¿Por qué? ¿Porque me gusta hablar? Eso no es pecado, ¿verdad, señor Vicario?

ESCENA XVII

DICHOS y SOLEDAD

SOLEDAD (Saliendo por la puerta de la derecha con una bandeja; y en ella un servicio de café con tres tazas y una de chocolate) Aquí está esto. (Sirve el café y á don Jerónimo el chocolate.)

LUIS ¿Qué es favor?

D. LOR. Bastos.

LUIS Pues entonces, si ustedes me lo permiten, voy á hacer una entradita á favor. ¿Voy bien, señor Vicario?

D. JERÓN. ¡Ya lo creo! ¿Cuántas quiere usted?

LUIS Cuatro (D. Lorenzo le da á Luís cuatro cartas) Gracias...

D. JERÓN. No se dirá de este chocolate que esté hecho sin azúcar, sin cacao y sin canela, como el que sirven los políticos á los bobalicones que se sientan á su mesa.

D. NICOM. Señor Vicario, no valen indirectas. Compadre, venga usted en mi ayuda. ¡Aquí de los liberales!

LUIS Pero ¿es liberal don Lorenzo?

D. JERÓN. ¡Lo que nos guardaba!

D. NICOM. ¿No lo sabía usted?

NICOLASA (A doña María.) Ya está mi marido en su elemento: en tocándole á la política...

D. LOR. Señores: yo creo que en el mundo sólo hay dos clases de hombres.

D. NICOM. Es cierto: liberales y absolutistas.

D. LOR. No, señor: hombres buenos y hombres malos. Quisiera yo, y hago lo posible, ser de los primeros, y no me cuido del apellido que me dé el mundo. ¿Hago mal, señor Vicario?

D. JERÓN. Don Lorenzo tiene razón: ¿qué importan los sobrenombres? Erase, y va de cuento, un pueblo muy morigerado y muy temeroso de Dios. Corriendo los días, advirtieron los padres, y especialmente las madres, que sus hijos no gustaban como en otros tiempos de entregarse al trabajo; que se hacian discolos y dilapidaban los jornales. Esto lo reían las madres; pero el Alcalde del pueblo no notaba que se abrían tabernas á porrillo y garitos á granel... Pues sucedió que llegó á oídos del Alcalde, que era liberal, que la culpa de aquello la tenían los liberales, y en veinticuatro horas limpió el pueblo de la canalla y no quedó ni un garito ni una taberna.

MARÍA ¡Muy bien hecho!

D. NICOM. ¡Así se portan los liberales!

D. LOR. Así se portan los hombres buenos.

D. JERÓN. Y así se portará don Nicomedes, Dios mediante, no por liberal, sino por bueno.

D. NICOM. Pero, señores...

D. JERÓN. No le dé usted vueltas, señor Alcalde, esto va de mal en peor; aquí hay más tabernas que bebedores. Aquí se juega, quiero decir, aquí se roba á cortas vistas...

D. LOR. Niña, tráeme un vaso de agua. (Vase Soledad por la puerta de la derecha.) Tiene razón don Jerónimo. Compadre, déjese

usted de tanta política, atienda usted más al bien del pueblo. Se cuentan cosas que ruborizan á la misma desvergüenza.

D. JERÓN. En el centro del pueblo, á dos pasos de la iglesia...

LUIS La casa de Calzadilla...

D. NICOM. Pero ¿es cierto?

ESCENA XVIII

DICHOS y RAMÓN, luego CARABINA

RAMÓN (Por el portón.) Señor Alcalde, ahí está *Carabina*, el alguacil del Cabildo.

D. NICOM. Compadre, ¿puede entrar *Carabina?*

D. LOR. ¿Quién se lo impide?

D. NICOM. (A Ramón.) Que entre. (Vase Ramón por el portón.)

LUIS ¡Bien por el Alcalde! Está usted dormido, don Nicomedes...

CARABINA (Entrando por el portón.) Buenas...

D. NICOM. ¿Qué ocurre?

CARABINA Pues es el caso, señor Alcalde, que en la casa de Calzadilla...

D. LOR. ¿Qué ha sucedido?

D. NICOM. Hay armada una de todos los diablos. Dicen que son cosas del juego, del vino y de las mujeres.

D. NICOM. Y ¿quiénes son ellos?

CARABINA Unos señoritos forasteros.

D. JERÓN. ¿Los conoces tú?

CARABINA Dicen que el caporal es ese señorito á quien le dicen don Ricardo Miranda.

LUIS ¿Ricardo Miranda? ¿El hijo de la Condesa?

D. LOR. ¿Lo conoce usted?

LUIS Demasiado.

D. LOR. ¿Y quién es...?

LUIS Un pillo.

D. LOR. ¡Un pillo el novio de mi hija!

LUIS ¿Soledad ama á Ricardo? Pero... ¿es verdad...?

D. LOR. ¿Qué busca ese hombre en esta casa?

MARÍA Tus millones, Lorenzo, tus millones.

D. LOR. ¡Maldito dinero! ¡Hija de mi alma! ¡Robarme su corazón!

D. JERÓN. El mal no se ha consumado; tal vez pueda remediarse.

D. LOR. Y ella, ¡tan inocente, tan buena!

D. NICOM. ¡Calma, compadre, calma!

D. LOR. ¿Calma? Va en ello la tranquilidad de mi hija.

LUIS ¿Qué intenta usted?

D. LOR. ¿Qué intento? Acabar con la duda que me devora; convencerme de si todos mienten, ó de si soy yo el único que, cegado por el cariño de padre, sordo á las voces de la razón, ni oye que la desgracia llama á sus puertas, ni ve que le roban su tesoro...

D. JERÓN. Si es un amor nacido ayer, si es sólo un sueño de la juventud, el peligro no es tanto, ni tan inminente. El tiempo..., la ausencia..., la distancia...

D. LOR. Es verdad. La distancia..., el tiempo..., la ausencia.

D. NICOM. (A Nicolasa.) ¿Lo estás viendo, Nicolasa?.. (Va donde está *Carabina* y habla en voz baja con él.)

ESCENA XIX

DICHOS, y SOLEDAD

D. LOR. (A Soledad, que sale por la puerta de la derecha con un vaso de agua.) Soledad, olvida á ese hombre. Mañana nos iremos al campo y allí... allí...

MARÍA (Abrazando á Soledad) ¡Hija de mi alma! (Se oyen tocar las Animas en la iglesia del pueblo)

NICOLASA ¡Las ánimas! (Todos los personajes se ponen de pie.)

D. LOR. Récelas usted, señor cura.

D. JERÓN. Animas benditas... Padre nuestro. . (Mientras rezán va cayendo el telón)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. La fuente no corre, las jaulas están abiertas y sin pájaros y las macetas sin flores. La mesa de tresillo ha desaparecido. La puerta del jardín, cerrada. Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

DON NICOMEDES y NICOLASA, luego RAMON

NICOLASA (Al levantarse el telón está la escena sola, saliendo á poco Nicolasa y don Nicomedes por el portón.) No se ve á nadie por aquí... Parece esta casa un cementerio...

D. NICOM. No es oportuna nuestra visita, Nicolasa.

NICOLASA ¿Por qué, hombre?

D. NICOM. Está muy reciente el lance de Soledad; y ya lo sabes: el compadre te echa la culpa...

NICOLASA ¿A mí? Pues, hijo, yo lo hice con la mejor intención del mundo.

D. NICOM. Sí, pero, ya ves: te ha salido la criada respondona...

NICOLASA Bueno; llama, á ver si sale alguien.

D. NICOM. ¿Con cuál mano, Nicolasa..? Tengo agarrotada ésta del guante..., en estotra traigo el bastón...

NICOLASA ¡Ni para llamar sirves!

D. NICOM. ¡Como no sea á voces!... Con las manos no puedo. Llama tú.

NICOLASA (Llamando al portón.) ¡Estoy sofocada! ¡Qué calor hace! ¡Digo!.. ¡Me he dejado en casa el pañuelo, y estoy sudando á mares!

D. NICOM. ¿No has traído el guante de la mano izquierda? Pues límpiate con él. Para algo te ha de servir.

RAMON (Saliendo por la puerta de la derecha.) ¿Ustedes por aquí?

D. NICOM. Hola, Ramón.

NICOLASA ¿Está mi compadre..?

RAMÓN Sí, en su cuarto está ahora: no sale á parte alguna.

NICOLASA Avísale de que estamos aquí.

RAMÓN Voy inmediatamente. (Vase Ramón por la escalera.)

D. NICOM. ¡A ver si el compadre tampoco nos recibe!

NICOLASA ¿Por qué no nos ha de recibir?

D. NICOM. ¿Por qué no nos recibió la Condesa? Vamos á ver... ¿No era tan amiga tuya? ¿No te distingue tanto? ¡Pues ahí lo tienes: toda esa amistad viene al suelo con un «la señora no recibe», es decir, que nos echa de su casa; es decir, de su casa no, porque la en que ahora vive no es suya...

RAMÓN (Saliendo por la escalera.) El señor dice que lo siente mucho, pero que ahora no puede... Que lo dispensen...

D. NICOM. ¿Lo estás viendo, Nicolasa?

NICOLASA ¡Aquí debe de ocurrir algo muy grave! Ramón... usted sabrá...

RAMÓN Nada.

NICOLASA Pero ¿no podemos subir?

RAMÓN No puede ser .. Lo siento mucho...

NICOLASA ¿Se me echa á la calle?

RAMÓN Señora...

D. NICOM. ¡Lo estas viendo! Lo que yo te decía.

NICOLASA ¡A la comadre! ¡A mí! ¡Qué bochorno! ¡Qué casa! ¡Qué gente! Como es el bodegón así son las moscas... ¡Vámonos, Nicomedes!

D. NICOM. ¡Adios, Ramón!.. (Vanse Nicolasa y don Nicomedes por el portón de la izquierda.)

RAMÓN Ustedes lo pasen bien... (Ramón enciende la farola que está delante del portón.)

ESCENA II

RAMÓN, JUANA y DON LORENZO

JUANA (Entrando por el portón.) ¡Ay, Ramón de mi alma! (Llorando.)

RAMON ¿Qué traes, mujer?

JUANA ¿Está don Lorenzo?

RAMÓN Sí, pero no recibe...

D. LOR. (Que vendrá bajando la escalera.) ¿Quién es?

JUANA Soy yo, señorito.,.

D. LOR. ¿Eres tú, Juana? Voy enseguida. . (A Ramón) Dejanos solos (Va hacia Juana. Ramón se va por el portón.)

JUANA ¡Ay, señorito de mi alma!

D. LOR. ¿Qué te ocurre?

JUANA (Saca del pecho un rebujo de papeles y se los entrega á don Lorenzo.) Tome usté.

D. LOR. ¿Qué me entregas aquí? (Examinando lo que Juana le entrega.) Estos son billetes... (Contándolos.) Seis mil reales... ¿Por qué me los devuelves? ¿Por qué devuelves este dinero? ¿No me respondes? ¿Por qué? ¿Alguna desgracia? (Juana no contesta y llora amargamente.) Pero, ¿qué te sucede? ¡Válgate Dios! ¡Siempre has de

venir á esta casa llorando! Todo tiene remedio, si es cosa de este mundo. ¿No me pediste ese dinero para redimir á tu hijo del servicio?

JUANA Sí, sí... Pero Toñuelo...

D. LOR. ¿No te lo di para eso?

JUANA Sí, sí...

D. LOR. Entonces, ¿por qué me lo devuelves?

JUANA Porque Toñuelo se empeña en ir al servicio: porque no quiere redimirse. ¡Qué desgracia, señorito de mi alma, qué desgracia!

D. LOR. ¿Quiere ir al servicio..?

JUANA Y nos moriremos de pena.

D. LOR. Pero eso es una locura.

JUANA Sí, una locura es. ¡Mi hijo de mi alma está loco!

D. LOR. ¿Loco?

JUANA Por una mujer. ¡Si yo lo decía! Su madre no fué buena... ¡Cuando estaban para casarse!

D. LOR. Sosiégate, mujer; ten calma.

JUANA ¡Ya se acabó todo! ¡Mi hijo se va, se va! Estaba loquito por esa mujer. Yo le había dicho muchas veces: «Hijo, la *Canaria* no te conviene. No le gusta más que divertirse y ponerse moños.» Pero él decía que eran caprichos de madre.

D. LOR. (Aparte) ¡Lo mismo decía mi Soledad!

JUANA «Mira, Toñuelo: Angeles ha tenido muchos novios; á Angeles le gustan mucho los hombres; Angeles quiere ser una señorita.» ¡Nada! ¡Más ciego cada día! «Mira, Toñuelo: esa mujer va á ser tu perdición.» «¡La quiero, madre!» «Mira que esa mujer no te quiere.» «¡Sí me quiere!» «Mira que se cuentan de ella

cosas muy malas.» «¡Mentiras, madre, mentiras!» «Mira que el pobrecito de su padre se murió de vergüenza.» «¡O me caso con ella, ó me mato, madre!» (Llora amargamente.)

D. Lor. Vamos, vamos, tranquilízate; todo tiene remedio, mujer..

Juana Todo, sí; pero esto no lo tiene. ¡Verá usté como no lo tiene! Porque á mi Jeromo se lo lleva Dios, y yo no me moriré... porque nosotras las madres nos quedamos en el mundo para llorar... ¡para llorar siempre!

D. Lor. Dios es bueno; Dios no nos abandona... Ten esperanza.

Juana ¡Esperanza! Aunque yo lo temía todo de esa mujer..., vamos, no quise creerlo cuando me lo contaron. «Mira que la *Canaria* engaña á tu hijo; que anda en malos pasos.» ¡Era verdad, señorito; era verdad! Lo vi con estos ojos que se ha de comer la tierra. ¡Si tenía que acabar en eso! No me atreví á decírselo á Toñuelo; pero lo que yo no me atreví á decirle se lo dijeron otros.

D. Lor. ¡Nunca faltan amigos cariñosos!

Juana Ocho días estuvo el pobrecito en cama, con unas calenturas malignas que por poco se lo llevan... Cuando se levantó era otro hombre. No hablaba ni con su padre ni conmigo... ¡con nadie! No salía de casa... Ayer, á la puesta del sol, salió sin decirnos adonde iba...; volvió tarde, muy tarde... Daba miedo verlo. ¡Qué ojos! ¡Parecía un loco! «¡Ya no dudo, madre; ya no dudo!»—me dijo.— La he visto con ese hombre. Llegué á la Alameda... La noche, muy obscura».

Trepé por la tapia, miré por entre el emparrado... ¡Allí estaban!» (Llora nuevamente)

D. LOR. ¡Infames!

JUANA ¡Muy infames! ¡Infame ella; más infame él! Los vió abrazados, emborrachándose... «¿No los mataste?» pregunté á Toñuelo. «No madre; no. ¡Cómo matarlos, si creí que me faltaba hasta la vida! ¿Matarla...? ¡Si la quiero!

D. LOR. ¡Qué horror!

JUANA «Todo se acabó, madre, -me dijo.—Me voy á servir al Rey. Devuelva usté el dinero á don Lorenzo... ¡No quiero matar á ese hombre!»

D. LOR. ¡Miserable!

JUANA Y allí queda mi Jeromo, más muerto que vivo, y mañana se llevan á Antoñuelo. ¡Qué cosas manda Dios á sus criaturas! Dígame usté, señorito, si hay remedio para tantas desgracias. ¡Dígame usté si no tenemos razón los pobres para maldecir á los ricos!

D. LOR. ¡Maldecir á los ricos!

JUANA Los ricos se lo llevan todo: nos roban á nuestras hijas; nos matan á nuestros hijos...

D. LOR. ¡Tú estás loca, Juana! ¿Qué culpa tienen los ricos de tu desgracia?

JUANA Pues si no fuera por el dinero de ese hombre, ¿se vería mi hijo como se ve? ¡Maldito sea el dinero! ¡Era lo que quería: no trabajar, vestirse como una señora...! ¡Sin vergüenza! Quería un señorito...! ¡Malditos sean los señoritos!

D. LOR. Pero!.. ¿ese hombre?

JUANA Como creen que todo se compra con el dinero... ¡Y tanto como se compra!

D. LOR. Pero... ¿dices que ese hombre?

JUANA ¿Caballero...? ¿Noble...? ¡Canalla! ¡Llaman nobles á los ladrones que gastan levita!

D. LOR. ¿Acabarás de decir quién es ese hombre?

JUANA Ese..., el hijo de la Condesa... Don Ricardo...

D. LOR. ¡Jesús! ¿Qué dices...? ¡Te equivocas! ¡No puede ser! ¡Tú mientes!

JUANA ¿Mentir yo?...

D. LOR. (Cogiéndola por un brazo y zamarreándola.) ¡Dí que mientes! ¡Dí que te han engañado...! ¡Si lo has de decir!

JUANA ¡Es verdad, es verdad!

D. LOR. ¿Verdad? (Suelta á Juana.) ¡Pobre hija mía!

RAMÓN (Saliendo por el portón.) El señor Vicario...

D. LOR. Vuelve mañana (A Juana.) Tenemos que hablar... (A Ramón.) Ramón, acompaña á Juana...

JUANA (Al mutis por el portón.) ¡Es verdad! ¡Es verdad!

ESCENA III

DON LORENZO y DON JERÓNIMO

D. LOR. No se me olvidan nunca las palabras de Luis: «¡Un canalla! Busca los millones!» ¡Malditos sean! (Al ver al Vicario.) ¿Ocurre algo más, don Jerónimo?

D. JERÓN. Sí, mi querido amigo: ocurre que hay que traer á Soledad cuanto antes á esta casa...

D. LOR. Eso...

D. JERÓN. Usted no debe consentir en su desgra-

cia. Sería usted... un mal padre. Ese hombre es muy malo... muy malo...

D. LOR. Hable usted...

D. JERÓN. Anoche, poco después de las dos, me avisaron para que administrara los últimos Sacramentos á un pobrecito... Pues bien, al pasar por la Alameda vi á Ricardo que salía de una casucha borracho y acompañando á una mujer...

D. LOR. Há poco me refirió algo de eso una madre desolada. Ese hombre ha labrado la infelicidad de unos padres y la desgracia de una hija. ¡Toda la cólera del cielo no es castigo bastante á su maldad!

D. JERÓN. Insistó en que debe usted ir por Soledad y traerla á esta casa...

D. LOR. ¡Eso, nunca! ¡Mucho trabajo me cuesta, pero no la veré! Soledad ha muerto para mí desde el día en que nos abandonó.

D. JERÓN. Considere usted que ya ha espiado su falta... Si sigue viviendo con ese hombre...!

D. LOR. Lo que sólo puedo hacer, y esto como cosa de usted, es darle la casita de la calle Ancha, y que viva allí sola! Le pasará una pensión, además de otra para ese hombre...; lo suficiente para que no se muera de necesidad... Venga usted á mi despacho y allí convendremos... (Vanse don Lorenzo y don Jerónimo por la puerta de la derecha).

ESCENA IV

LUIS y RAMÓN

RAMÓN (Saliendo con Luis por el portón.) ¡Gracias á Dios que lo vemos á usted por esta casa! Ya creía no volverlo á ver...

LUIS Pues creíste mal, Ramón.

RAMÓN ¡Han pasado tántos días!

LUIS Mi ausencia de Sevilla ha motivado la tardanza...

RAMÓN Esto es el *acabóse*... Yo no sé ni cómo vivo... ¡A mis años...! Después de haber estado en esta casa sesenta... ¡Sesenta, señorito...! ¡Las cosas que Dios envía...!

LUIS ¿Y don Lorenzo?

RAMÓN En su despacho. ¡Está como loco desde aquella noche. Del cuarto de la señora al cuarto de la niña...; del cuarto de la niña al cuarto de la señora.... Todos los días, al despuntar el alba, sale seguido de Leal, su perro, á oir misa en la ermita; vuelve y se encierra en su dormitorio. Allí se le lleva cualquier cosilla, que la toma... cuando la toma. Al medio día, á su despacho. Luego, al cuarto de la niña; después, al cuarto de la señora.

LUIS ¿Y el señor Vicario? (Se sienta.)

RAMÓN Alguna vez que otra suele venir.... Ahora está con don Lorenzo. ¡Qué casa! ¡Qué triste está todo! ¿Ve usted esa fuente? ¡Ya no corre! Se murieron los pájaros que cantaban en esas jaulas... En el jardín no hay flores. Aquí no se oye ni una voz... Parece que nos han enterrado en vida. ¡Cómo anda todo! ¡Ay, si el padre del señor levantara la cabeza...!

LUIS (Con mucho interés.) ¿Y Soledad?

RAMÓN ¡Calle usted, señorito! Aquí no se puede pronunciar ese nombre! ¡Pobre niña!

LUIS Pero ¿don Lorenzo...?

RAMÓN No ha vuelto á verla. Después de lo que ocurrió, como si se hubiese muer-

to... Eso dijo el señor; pero... no lo crea usted... Pasados los primeros días, les dió una casa, donde ahora viven solos; y todas las semanas, por orden del señor, entrego yo á la niña muy buenos reales... Si no fuera así, ¿cómo vivirían...? Porque... ¿usted no lo sabe? Ese hombre no tenía un cuarto; su madre estaba arruinada... ¡Eran unos comediantes! ¡Venían por los millones del señor!

LUIS ¿Y esa infeliz niña...?

RAMÓN ¡Qué dolor me causa verla! No la conocería usted: está en los huesos! ¡Mentira parece que en tan poco tiempo pueda destruirse así una criaturita! Aunque la pobrecilla no se queja, padece, padece mucho. ¡La cosa no es para menos! El recuerdo de su pobre madre, que se murió de pena... Porque no crea usted eso que dicen de los males del corazón: los médicos no entienden más que de los males de la cáscara, pero no saben de las dolencias lo que está más adentro, en lo hondo... Sí, señor, se murió de dolor porque veía venir estas cosas.

LUIS ¿Y ese hombre...?

RAMÓN ¡Aunque lo volvieran del revés! Siempre el mismo. Mi niña no se queja, no dice nada; pero yo sé que el mayor de los dolores que la van consumiendo se lo causa el ver que ese hombre no es lo que ella soñó. El canalla pasa los días fuera de su casa, y cuando vuelve, vuelve borracho. Se desespera si la pobrecilla no le dá el dinero que le pide... Yo creo que le maltrata.

LUIS ¡Desventurada!

RAMÓN ¡Canalla!... ¡Muy canalla! ¿Quiere usted verlo? No lo busque usted en su casa y al lado de su mujer. En casa de la *Canaria* lo encontrará usted á todas horas.

LUIS ¿Y la madre de ese hombre?

RAMÓN ¡Había de suceder! Ya no vive en la calle del Mayorazgo; no pagaba y la echaron de la casa. ¿No conocía usted á su marido, el paralítico? Al hospital se lo llevaron.

LUIS ¿Y ella?

RAMÓN Pues ella vive en una casucha á la salida del pueblo.

LUIS ¿Lo sabe todo don Lorenzo?

RAMÓN ¡Que si lo sabe! ¿Promete usté guardarme el secreto? Por Dios, que don Lorenzo no sospeche que yo se lo he dicho á usted. ¡Me despediría de esta casa! He vivido aquí sesenta años y aquí quiero morirme.

LUIS Diga usted, diga usted.

RAMÓN Pues bien, si no fuera por el dinero de don Lorenzo, ya se hubiera muerto en la miseria esa mujer.

LUIS ¿Por el dinero?

RAMÓN Esto no lo sabemos más que el señor Vicario y yo. Enterado el señor de que la Condesa no tiene qué comer, de cuando en cuando le da á don Jerónimo algunos reales para que atienda á los menesteres de aquella casa, pero sin que nadie se entere, ni la tierra.

LUIS ¡Alma grande la de don Lorenzo!

RAMÓN Pocos días después del casamiento de la niña, la Condesa y su hijo fueron á Sevilla y vinieron con muchos aboga-

dos y movieron muchos papeles... Pero se llevaron chasco. Todo lo que aquí queda, y queda ya muy poco, es de don Lorenzo. Doña María era pobre. El señor se casó con ella por cariño, sólo por cariño. Esto no se ve ahora. Ahora los hombres se casan por el dinero; sólo buscan los millones.

LUIS ¡Es un justo!

RAMÓN ¡Es todo un hombre!

LUIS ¿Dices que no ha vuelto á ver á su hija desde la noche...?

RAMÓN Ni la ha visto, ni quiere verla. Eso dice él... pero yo no lo creo, la pena de no ver á su hija lo está matando. ¿No ha bajado usted nunca á las bóvedas de la ermita?

LUIS No.

RAMÓN Pues en esta casa hace el mismo frío y reina el mismo silencio que allí. En aquellas bóvedas se ven momias, restos de ataudes, trapos que fueron mortajas... ¡Todo se me antoja aquí mortajas y ataudes! ¡Todo es recuerdo de cosas muertas, de cosas que pasaron. (Ramón llora)

LUIS Serénate...

RAMÓN Muy viejo soy; apenas puedo moverme; pero con esta mano arrugada y temblorosa arrancaría yo tanto corazón malvado como hay por el mundo; y con estas plantas, con las que llamo á la tierra para que me abra la sepultura, aplastaría tanto reptil como derrama su baba venenosa.

LUIS Dices bien Ramón. (Vase Ramón por la puerta de la derecha)

ESCENA V

LUIS y DON JERÓNIMO

LUIS (Al ver á don Jerónimo que sale por la puerta de la derecha.) Mi señor don Jerónimo...

D. JERÓN. ¡Amigo querido! ¿Usted por estos barrios?

LUIS Al regresar del extranjero me enteré por un amigo de la desgracia de don Lorenzo, y he creído un deber...

D. JERÓN. Dice usted bien: siempre alegra ver á los buenos amigos... ¡Qué días ha pasado don Lorenzo! Dos meses hace hoy que, en las primeras horas de la noche, Soledad huyó de esta casa y en brazos del hombre que la engañó.

LUIS ¡Dios tenga misericordia con quienes han asestado ese golpe mortal al padre de los pobres! ¿Y cómo pudo...?

D. JERÓN. Sabedor don Ricardo de que don Lorenzo trataba de abandonar para siempre el pueblo, logró, valiéndose de no sé qué artimañas, ver á la infeliz niña y persuadirle á que huyese de esta casa, como único medio para que don Lorenzo consintiera en la unión de ambos. No sé, no sé qué argumentos aduciría ese hombre. Ello fué que Soledad, enloquecida por la fatal pasión que la abrasaba, fascinada por ese hombre, huyó con él, para su eterna vergüenza.

LUIS Y don Lorenzo, para evitar el escándalo, consintiría en...

D. JERÓN. Parece milagro lo que sucedió... El cochero iba algo borracho, y en vez de llevar las mulas, que del coche tiraban, por el camino de Sevilla, las metió por

el lado izquierdo y fueron á dar en el rancho de la Mezquitilla, que tiene en arrendamiento el señor Curro; y como había llovido tanto aquella tarde y las tierras estaban hechas un barrizal, el coche se atascó hasta la mazas, y por más que tiraron las mulas no lograron sacarlo del bache. A los gritos del cochero acudieron el señor Curro y su mujer, y reconocieron á la hija de don Lorenzo. El caso fué que no pudieron desatascar el coche, que la noche cerró obscura y lluviosa, y que Soledad y su raptor la pasaron al lado de la mujer del señor Curro, la cual no se separó de ellos ni un instante.

LUIS — La noticia se divulgaría por el pueblo...

D. JERÓN. — El señor Curro avisó de lo que ocurría, y el señor juez y yo fuimos por Soledad, y la llevé á casa con mis sobrinas, porque don Lorenzo no quisó recibirla. «Mi hija ha muerto esta noche—dijo—y á los muertos se les echa tierra, mucha tierra... ¡la negra tierra del olvido!» Lo demás... ya lo sabrá usted... por los periódicos.

LUIS — ¿Y viven felices?

D. JERÓN. — No, amigo mío. En esos casamientos nunca se puede vivir feliz.

LUIS — Doña Teodora estará ya contenta.

D. JERÓN. — Está resignada... se equivocó.

LUIS — Su eterno afán por los millones... Quizás indujo á su hijo...

D. JERÓN. — Cierto; pero espía su culpa.

LUIS — ¿Y la Alcaldesa?

D. JERÓN. — Hoy ha estado aquí, ha tenido ese valor, según me ha dicho don Lorenzo;

pero no la ha recibido... Usted me perdone: tengo que cumplir un encargo de nuestro amigo, y ya es tarde. Mañana, mañana hablaremos con más detenimiento.

LUIS — Adiós, señor Vicario... (Vase el Vicario por el portón) Teodora humillada, don Lorenzo abandonado, Soledad desgraciada... ¡Cómo cambia todo en este mundo!

ESCENA VI

LUIS Y DON LORENZO

D. LOR. — (Al ver á Luis, corre hacia él y lo abraza.) ¡Amigo del alma!

LUIS — Llore usted, amigo mío. El llanto para el dolor es lo mismo que la lluvia para la tierra endurecida.

D. LOR. — Necesitaba llorar sobre un pecho honrado, en brazos de la amistad. ¡En tres meses he devorado tantas lágrimas!

LUIS — Al llegar anoche supe lo ocurrido y veo que Dios sigue probando el temple del alma de usted en el yunque de las adversidades.

D. LOR. — Creía yo que después de la muerte de mi mujer no habría para mí otro dolor más fuerte. Lo hubo, amigo mío, y no me he muerto de dolor... ¡ni de vergüenza!

LUIS — Remediado el mal, en cuanto humanamente pudo serlo...

D. LOR. — Consentí en el casamiento... ¿cuál otro remedio cabía? ¡Hija de mi carazón! ¡Soledad de mi alma! ¡Soledad..! Es la primera vez que en voz alta pronuncio

su nombre después de aquel día cuyo recuerdo me aterra... No ha entrado en esta casa... ¡Pobre hija mía!

LUIS ¡No verla..! ¿Cerrarle las puertas de esta casa...?

D. LOR. Sólo con esa condición consentí en la boda.

LUIS Usted es bueno y no puede abrigar rencores en su pecho... ¡Usted ha perdonado!

D. LOR. La he perdonado para que Dios me perdone.

LUIS ¿La ha perdonado usted, y no quiere verla? ¿La ha perdonado usted, y le cierra las puertas de su casa? Eso no es perdón, amigo mío. ¿Es que no quiere usted á su hija?

D. LOR. ¡No quiero á mi hija!

LUIS Soledad, sin el cariño de su padre, será muy desgraciada.

D. LOR. ¡Muy desgraciada!

LUIS La pasión, por poderosa que sea, se debilita...

D. LOR. ¡Estaba ciega, loca!

LUIS ¡Ciega y loca de amor! Pero el tiempo, que apaga los volcanes, extinguirá ese fuego. Cuando esa niña abra los ojos á la luz de la verdad y vea...

D. LOR. No acabe usted de decirlo... ¡Estaba loca; estaba ciega! ¿Cómo, á no estarlo, hubiese puesto su corazón en ese hombre? ¡Estaba ciega! Porque lo estaba, no vió las lágrimas de su madre. Porque estaba loca, no escuchó mis consejos... Porque estaba loca y ciega, huyó de esta casa, mancilló mi nombre, deshonró mis canas.

LUIS Las bendiciones del cielo y el arrepen-

timiento borran toda culpa.

D. Lor. ¡Ay, amigo mío! ¡Qué largo es el camino del dolor! Creía yo que no era posible mayor desgracia que ésta que me devora; pero la espero.

Luis ¿Mayor desgracia?

D. Lor. Pedí á Dios día y noche, cuando por mí mismo ví y toqué que ese hombre no era digno del cariño de Soledad, que abriese los ojos á mi hija de mi alma y le hiciera ver que en Ricardo adoraba el vicio con toda su repugnante fealdad; para que, apartando de él su corazón, le diese más noble y honroso empleo. Lo pedí á Dios, y Dios no escuchó mis súplicas. Hoy le pido que no le devuelva la razón; que no le arranque de sus ojos la venda; que no vea que ese hombre es un miserable; que no se convenza de que no la quiere. Me mató el desengaño cuando vi á Ricardo en la plenitud de su maldad: el desengaño mataría á mi Soledad de mi alma, y éste sería el último y el mayor de mis dolores. Siga el engaño. Sólo así puede vivir mi hija, aunque viva desgraciada.

Luis Fuéralo menos á encontrar en los brazos de su padre puerto contra las tempestades del mundo. ¿Dónde encontrará refugio el hijo, si, al ver cerradas todas las puertas, acude al corazón de su padre y lo vé cerrado también?

D. Lor. ¡Hija de mi alma!

Luis Perdonar no es sólo dar al olvido la ofensa. Perdonar es dar mucho más de lo que antes se daba. El que perdona, ama más. Usted no quiere á su hija.

D. Lor. ¿No la quiero?

LUIS ¿Es quererla abandonarla á su triste suerte? ¿Es quererla no darle ni la limosna de un consuelo?

D. LOR. ¿No quiero á mi hija? ¡Cómo me hieren esas palabras...! ¿No la quiero...? ¿Quién mantiene mi vida, sino este cariño de padre? ¿Qué me retiene en esta casa, donde sólo se escuchan mis suspiros...? Aquí todo me habla de ella... El piano, que aguarda aquellas manos blancas como jazmines, que se posaban en las teclas... Sobre aquel velador, sus últimos dibujos... Las plantas y las flores que cultivaba me preguntan por ella... ¡Si sólo pienso en mi Soledad de mi alma! ¡Y dice usted que no la quiero...!

LUIS ¡Vamos, cálmese usted, amigo mío!

D. LOR. La he perdonado porque Dios nos manda perdonar... No; la he perdonado porque la quiero con toda mi alma. ¿Es perdonar dar más de lo que se daba? ¿Qué más puedo darle que mi vida? ¿No me muero por ella? Yo necesitaba decirle esto á alguien... Yo necesitaba mostrar mi corazón á quien pudiera verlo todo entero, y decirle: no hay en él una sola fibra que no esté abrasada por el cariño de padre... ¡Quiero verla...! ¡Quiero ver á mi hija!

LUIS La verá usted...

D. LOR. Quiero llorar con ella... ¡Pobre hija de mi corazón!... (Se oye llamar al portón.) ¡Ramón! ¡Ramón!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, RAMÓN y SOLEDAD

RAMÓN (Saliendo por la puerta de la derecha) Mande usted.

D. LOR. Llaman. (Vá Ramón á abrir el portón).

RAMÓN (Al ver á Soledad) ¡Mi niña!

D. LOR. (Al ver á Soledad, corre hacia ella.) ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Hija de mi alma!

SOLEDAD (Abrazando á don Lorenzo.) ¡Perdón!

D. LOR. ¡Si te he perdonado! ¡Si lo he olvidado todo! ¡Si te quiero más, mucho más que antes! Hija mía, Soledad de mi alma... seremos felices, ¡muy felices! ¡Ya no nos separaremos más!

SOLEDAD (Muy asustada) ¡Qué horror! ¡No me quería! ¡No me quería!

D. LOR. ¡Soledad...! Soy yo... tu padre...

SOLEDAD Estaba sola... Lo esperaba... ¡Qué noche!

D. LOR. Hija mía, óyeme... Olvida ese recuerdo... Estás en tu casa, en tu patio... Mira el jardín... ¿No oyes?

SOLEDAD (Llevándose las manos á la cara.) ¡Aquí! ¡Aquí! (Y al corazón.) Y aquí... en el corazón!

D. LOR. ¡Hija! ¡Hija mía!

SOLEDAD Entró... entró... ¡Qué horror!... borracho... (Luis y Ramón contemplan la escena, Ramón junto al portón; Luis al otro lado de la escena.)

D. LOR. ¡Soledad!

SOLEDAD ¿Y esa mujer?... ¿Quién es esa mujer? Ricardo.... Ricardo... arroja á esa mujer á la calle... *La Canaria.*

D. LOR. ¡Hija de mi alma! estás en mis brazos.. Deliras, sueñas...

SOLEDAD ¡Jesús! ¡Me has puesto las manos en la cara...! ¡Me has abofeteado...! ¡Ay! ¡Me has apuñalado el corazón!

D. LOR. ¡Soledad! ¡Soledad!

SOLEDAD ¡No me quieres...! ¡No me quieres...! Que se vaya esa mujer, ¡que se vaya! ¿Ella nó...? ¡Yo, yo me voy...! ¡Yo tengo la casa de mi padre...!

D. LOR. ¡Soledad! ¡Soledad mía...! ¡Tu padre te ha perdonado!

SOLEDAD ¿Mi padre?

D. LOR. Tu madre te perdona desde el cielo...

SOLEDAD ¿Mi madre...? ¡Madre, no me mires... no me mires así...! ¡Jesús! ¡Muerta...! ¡Yo también la maté? Pero... ¿qué hacen que no se llevan á esa mujer? ¡Está borracha... como el, como Ricardo...! Ricardo ¡Ricardo de mi alma...! ¡No me quería! ¡No me quería! (Cae en brazos de don Lorenzo.)

LUIS ¡Maldito!

RAMÓN (Llorando.) ¡Malditos millones!

FIN DE LA COMEDIA

3 0112 117489507

Obras del mismo autor

La loca del 3.º, juguete cómico en un acto.
La literata, juguete cómico en un acto.
Las guerreras, juguete cómico-lírico en un acto.
La pava, entremés en prosa.
El torero del barrio, sainete lírico en un acto y tres cuadros.
Amor al vuelo, comedia en un acto.
El tres de mayo, sainete lírico en un acto y tres cuadros.
La última muñeca, diálogo en prosa.
Los armados, apropósito en verso.
¡Llegó la hora!, entremés en prosa.
Coincidencia, diálogo en prosa.
Pájaros y flores, comedia en un acto.
Los millones, comedia en dos actos.